

José Luis Cano

## CARMEN LAFORET: LA ISLA Y LOS DEMONIOS

En 1944, Carmen Laforet, una chica casi adolescente –veintitrés años– obtenía el Premio Eugenio Nadal de novela, que por primera vez concedía el semanario "Destino", con su novela *Nada*. *Nada* fue con *La familia de Pascual Duarte*, de Cela, el mayor éxito novelístico de la postguerra española. Aquella novela gustó – y sigue gustando; hoy ya debe ir por la sexta o la séptima edición– porque estaba escrita con espontaneidad y frescura, con la misma fatal necesidad del poema que nace como una criatura ávida de vida. Una profunda intuición hizo que la pluma de Carmen Laforet evocara lo que el público parecía pedir: un clima violento, pintado con naturalidad, al modo de ciertos films de William Wyller. (¿Es posible que *Nada*, película, haya sido un fracaso?) Entre la publicación de *Nada* y la de esta segunda novela de Carmen Laforet, *La isla y los demonios*, han pasado siete años. El público que gustó de *Nada*, aquí y en América, esperaba con curiosidad e impaciencia el segundo fruto novelesco de Carmen Laforet. Había leído sus artículos en la Prensa y en revistas, y algunos cuentos, pero necesitaba conocer una segunda novela para seguir creyendo en Carmen Laforet. Y he aquí que ya tiene el lector en sus manos esta "isla" con sus demonios, que acaba de publicar *Destino*. ¿Satisfará al lector de *Nada*? ¿Le decepcionará, por el contrario? ¿Es esta segunda novela de Carmen mejor o peor que *Nada*? Estas preguntas me asaltaron cuando empecé a leer *La isla y los demonios*, y acabaron tentándome a una relectura de *Nada*, a siete años de distancia de su lectura primera. Pero pronto me di cuenta de que mi impresión personal, al contrastar las dos novelas, difícilmente podría tener un valor objetivo que tuviera vigencia hoy. Nuestras impresiones literarias no son las mismas a través de los años, sino que varían con el tiempo y con nuestra subjetividad. Estos dos elementos, el de la época y el de la circunstancia espiritual, están determinando a cada instante nuestra apreciación de una obra de arte. Y no es cierto que seamos nosotros los únicos que cambiemos, haciendo cambiar nuestro criterio estético. También la obra literaria cambia, o por lo menos su perspectiva, como no nos gusta lo mismo una casa según el lugar donde esté colocada o la gente que la habite. Es seguro que los lectores de *Nada* que lean ahora *La isla y los demonios* juzgarán de muy distinta manera esta última novela, al compararla con *Nada* (y será inevitable la comparación, porque Carmen Laforet era hasta ahora, literariamente, sólo la autora de *Nada*). Mientras a unos seguirá gustando más *Nada*, con su verdeante frescura juvenil, su fruto quizás inmaduro pero jugosísimo, otros preferirán el arte más madurado y reposado de *La isla*, la perfección natural de su prosa, de su estilo. Y con esto ya hemos apuntado lo que a nuestro juicio caracteriza a ambas novelas. Las dos están en la misma línea, y son como dos vidas de una misma novela, una más rica en experiencia, más madura que la otra. *La isla y los demonios* me parece novela mejor construida y mejor escrita, y no tiene el par de bachillos peligrosos que tiene *Nada*. Pero en muchas cosas se parecen, se nota perfectamente que no pueden ser de autor distinto. También en *Nada* hay demonios –¡y qué demonios!–, y también Andrea –como Marta en *La isla*– sitiada por ellos, conserva pura su alma, vívida en su candor intenso. Y los demonios tienen entre todos cierto parentesco espiritual, sus

manías y sus vicios son de la misma familia. Hay, sin embargo, en *La isla y los demonios* un personaje completamente nuevo, en el que la crítica me parece no se ha fijado, y que yo creo quizá lo más valiente y mejor conseguido, como realidad artística, de la novela. Me refiero al personaje de Vicenta, la majorera. Su grandeza, el poder tremendo de su presencia en la novela, me recordaban a algunos personajes de García Lorca. Es un personaje trágico, y el capítulo que dedica Carmen Laforet a contarnos algo de su vida es de una gran belleza, quizá el mejor capítulo de la novela. Es una pluma de gran escritora la que ha sabido escribirlo. Una pluma, repetimos, más hecha, más madura que la que escribió *Nada*. Un primer síntoma de esa madurez está ya en la objetividad de la narración. En *Nada* el relato es aún en primera persona, lo que parece acentuar su carácter autobiográfico. Andrea, la adolescente que va a vivir consus parientes barceloneses para estudiar en la Universidad, nos cuenta ella misma su vida, el ambiente de su familia y de la ciudad. Pero ya en *La isla y los demonios* se siente desde la primera página la objetividad del relato, escrito en tercera persona. Marta Camino, una Andrea más adolescente, más inexperta y absorta, pero igualmente romántica, es ya un personaje visto desde fuera, desde la retina de un novelista, y aunque el personaje deje traslucir algún rasgo autobiográfico, es un personaje, como los demás de la novela, *creado*, levantado por el poder del novelista, y por cierto conmovedor. Marta Camino es uno de los personajes más humanos de la novela española actual. Y un personaje representativo, con un gran acento de verdad. ¿Cuántas muchachas españolas no han sido afectadas, aunque sea de este modo indirecto, por la guerra española, a la que deben que sus almas se hayan abierto más rápidamente al misterio del mundo, hayan crecido demasiado de prisa, prestándoles una avidez de vida que de otro modo no hubiesen sentido? En cierto modo, el clima de *La isla y los demonios* no se diferencia mucho del de *Nada*. Una familia en la que las situaciones de violencia y los estallidos histéricos son materia reiterada que anima de vez en vez el relato como las breves tormentas el tiempo siempre calmo de los meses estivales. Pero en *La isla* los personajes están sometidos a un orden novelístico más consciente y mejor construido, y aparecen mejor dibujados psicológicamente. Los demonios a que alude el título –título simbólico– no son sino las pasiones, pero no las pasiones puras y nobles, como la que está a punto de sentir Marta Camino por el pintor cojo, sino las oscuras y turbias, aquellas que anidan en almas poco limpias, de enturbiada calidad. Rodeada de esas pasiones, de esos demonios, Marta Camino escoge intuitivamente –pues toda ella es pura intuición, como lo es la adolescencia– la única vía de salvación, frustrado el amor imposible con Pablo, el pintor. Esta vía es la de la huida. Marta huye de su isla, la isla dorada, hacia la Península, donde quizá encuentre otros demonios, los demonios de la calle Aribau, si es que nos complace imaginar a Andrea como a una continuación de la adolescente Marta. (Y son, desde luego, si no el mismo personaje, hermanas gemelas, una mayor que la otra, si esto es posible).

Creo que con *La isla y los demonios* ha dado Carmen Laforet un paso importante en su carrera de novelista. Ha ganado objeividad narrativa y ha perfeccionado y madurado su estilo. Sí. Podemos seguir creyendo en Carmen Laforet; podemos seguir admirándola.